



UNIVERSIDAD DE BURGOS

DISCURSO DE GRACIAS DE UMBERTO ECO

Burgos, 23 de mayo de 2013

A pesar del entusiasmo y la emoción que siento al visitar Castilla y León, agradeciendo al Rector Magnífico y a todos los compañeros de esta universidad por el gran honor que se me ha otorgado, no tentaré el elogio de esta tierra gloriosa, así como ha hecho tan generosamente mi padrino, el ilustre compañero Javier Peña Pérez, con vuestro recién nombrado doctor. También porque me siento aterrorizado por todo lo que se ha escrito sobre estas tierras, sobre su historia y sus maravillas. No se puede competir con el Cid Campeador.

Más bien diré porque este título viene a colmar una serie de expectativas que he alimentado durante años fantaseando sobre Burgos y sus alrededores.

Tenía veinte años y estaba trabajando en mi tesis sobre la estética medieval cuando fui a París a visitar el Musée des Monuments Français, que conserva entre otras cosas, las réplicas a tamaño real, de la gran arquitectura románica y gótica, incluyendo los portales de Moissac, Vezelay, Conques o Autun. La visión de aquellas imágenes, el Juicio, los Veinticuatro Ancianos, el Cristo en

el trono...me turbaron, y solo tiempo después visité uno por uno, todos los monumentos de los cuales había visto su reproducción.

Entre mi primer descubrimiento y mi visita posterior (diez años después) a los lugares originales, traté de reconstruir los orígenes de aquellas imágenes a través de la obra de Emile Mâle y, solo a través de este gran histórico descubrí (y creo que fue él el primero en tener esta intuición) que el origen remoto de mucha iconografía románica (y luego gótica) fueron los Beatos. Cito un fragmento de Mâle sobre el Moissac que desde entonces me ha acompañado siempre en mis elucubraciones:

“Esta imagen grandiosa aparece primero en las basílicas romanas y luego en los manuscritos carolingios; pero ni los mosaicos de Roma ni las miniaturas carolingias se parecen al tímpano de Moissac...Por tanto, ¿de dónde viene este tímpano de Moissac que parece presentarse ante nosotros sin antepasados?, ¿es una creación de los escultores del siglo XII? Esto sería impensable cuando se conozca el *Apocalipsis* de Beato... He aquí el modelo del escultor de Moissac... No es en los manuscritos de Beato donde nosotros encontramos efectivamente estos ancianos, con sus coronas, sus copas, sus violas que parecen guitarras españolas, y sus tronos de madera labrada... Estas hermosas figuras de los ancianos han pasado, casi sin ningún tipo de cambio, de miniaturas al arte monumental: el escultor, no pudiendo disponerlas en círculo, las ha puesto en el lugar más alto posible, a ambos lados del Cristo... El tímpano de Moissac deriva por lo tanto de un manuscrito relacionado con el *Apocalipsis* de San Severo” (Mâle. *L’art religieux du XII^{me} au XVIII^{me} siècle*. Paris: Colin, 1946, pp. 5-6).

Desde entonces, soy un apasionado de los Apocalipsis mozárabes, pero fue solo diez años después, en los años setenta, cuando el editor Franco María Ricci, me dio la posibilidad de estudiar el Beato de Facundo y de redactar un comentario al respecto. Y, como el título que hoy se me otorga es de historia medieval, recordaré las palabras que escribí entonces en una carta al director, situada a pie de página en el ejemplar:

Por más vueltas que le dé, debo decir que nací a la investigación atravesando bosques simbólicos donde habitaban unicornios y grifones, y comparando las estructuras pinaculares y cuadradas de las catedrales con las puntas de malicia exegética ocultas en las tetragonales

fórmulas de las Summulae, deambulando entre el Vico degli Strami y las naves cistercienses,, conversando afablemente con cultos y fastuosos monjes cluniacenses, vigilado por un Aquinate gordinflón y racionalista, tentado por un Honorio Agustoduniense, por sus fantásticas geografías en las que al mismo tiempo se explicaba quare in pueritia coitus non contingat, como llegar a la Isla Perdida y como atrapar un basilisco con la sola ayuda de un espejuelo de bolsillo y de una fe incommovible en el Bestiario.

Ese gusto y esa pasión nunca me abandonaron, aunque más tarde, por razones morales y materiales (el oficio de medievalista suele exigir considerables riquezas y la posibilidad de vagar por lejanas bibliotecas microfilmado manuscritos imposibles de encontrar) haya recorrido otros caminos. Así, el Medioevo siguió siendo, si no mi oficio mi afición, y mi tentación permanente, y lo veo por doquier, en transparencia, en las cosas de que me ocupo, que no parecen medievales pero lo son.

Secretas vacaciones dedicadas a pasear bajo las bóvedas de Autun, donde el abate Grivot escribe hoy, manuales sobre el Diablo con encuadernaciones impregnadas de azufre, éxtasis campestres en Moissac y en Conques, deslumbrado por los Venerables Ancianos del Apocalipsis o por los diablos que arrojan las almas de los condenados a enormes calderos humeantes; y, al mismo tiempo, estimulantes lecturas del monje iluminista Beda, la búsqueda en Occam del auxilio racional, para penetrar los misterios del Signo en aquellos aspectos donde Saussure aún es oscuro. Y así sucesivamente, nostalgia constante de la Peregrinatio Sancti Brandani, verificación de nuestra interpretación del Libro de Kells, nueva visita a Borges en los kenningars celtas, verificación en los diarios del obispo Suger de las relaciones entre el poder y las masas obedientes...

Desde aquel momento, me dediqué a la búsqueda de los Beatos, de algunos he tenido la ocasión de hojear el original, como en Madrid o en la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York; en otros ocasiones, he hecho acopio de facsímiles o en el peor de los casos de hermosas reproducciones.

De esta manera, encontré aunque fuese indirectamente el Beato de Burgos, o sea, de San Domingo de Silos y, si bien recuerdo, entre las imágenes que describo en la biblioteca del *Nombre de la Rosa* resplandece la memoria de la *Mulier amicta solis* que deriva de aquel manuscrito. Sé muy bien que no podré verlo aquí porque desde el año 1840 ha sido llevado a la Biblioteca Británica, pero me consuela y me emociona al mismo tiempo, el hecho de que mañana podré admirar en Silos, el fragmento más antiguo que se conoce de los comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana.

Aquí podría haberse acabado mi relación con Burgos, pero escribiendo *El Nombre de la Rosa*, me fascinó la idea de un bibliotecario ciego. Luego transcurrido un tiempo, leí en alguna parte que había aparecido la noticia de un bibliotecario ciego en no recuerdo que autor medieval, pero mientras escribía sobre una biblioteca con forma de laberinto, no pude evitar la conexión entre mi bibliotecario ciego y Jorge Luis Borges. De aquí surgió la idea de llamar a mi bibliotecario Jorge de Burgos. Y aquí estoy de nuevo en Burgos.

Muchos se preguntaron porque identifiqué a Borges como el responsable, aunque fuera de modo indirecto, de la tragedia ocurrida en la abadía, pero juro por mis hijos que en aquel momento no pensé ni siquiera que Jorge fuese culpable de todo lo que posteriormente hizo y, que mi única intención fue rendir homenaje a un autor que admiraba muchísimo. Esto ocurre porque llega un cierto punto donde las novelas continúan por sí mismas y los personajes se vuelven autónomos, obligando al autor a seguirlos en su lógica ficticia. Jorge de Burgos hizo lo que hizo por cuenta propia. Sin embargo, mientras creaba el personaje de Jorge de Burgos, me pregunté si este nombre no podía sugerirme otras pistas narrativas. Y así es como descubrí que en Burgos, es decir en Silos, existía un misal árabe del año 1036 que era el código de papel oriental más antiguo fabricado probablemente en España. Y desde aquel momento, he seguido la historia por la cual en esta zona se comenzó a fabricar, no pergaminos sino hojas de papel, obtenidas a través de telas de cáñamo y de lino desgarradas en jirones, que presentaban las mismas características de los códigos de papel árabes más antiguos. No entraré a discutir que hubiera ocurrido si España hubiera precedido a la fábrica de papel en Fabriano o viceversa, aunque parece ser que luego se produjo en Fabriano una evolución tecnológica en la producción del papel. Pero poco importa ya o poco me importaba por aquel entonces.

La cuestión es que yo encontré un nexo de unión entre el Burgos de Jorge y aquel manuscrito perdido que contenía el segundo libro de la *Poética de Aristóteles*, que Jorge ocultó y que descubrió finalmente Guillermo, aunque fuese demasiado tarde.

Y esto es lo que le dice Guillermo a Jorge cuando entra en el último penetral de la biblioteca:

“Quiero ver –dijo Guillermo- el último manuscrito del volumen encuadernado que contiene un texto árabe, uno sirio y una interpretación o transcripción de la *Coena Cypriani*. Quiero ver esa copia en griego, probablemente realizada por un árabe, o por un español, que tú encontraste cuando, siendo ayudante de Paolo da Rimini, conseguiste que te enviaran a tu país para recoger los más bellos manuscritos del Apocalipsis en León y Castilla. Ese botín te hizo famoso y estimado en la abadía, y te permitió obtener el puesto de bibliotecario... Quiero ver esa copia griega escrita sobre pergamino de tela, material entonces muy raro, que se fabricaba precisamente en Silos, cerca de tu patria, Burgos. Quiero ver el libro que robaste allí, después de haberlo leído, porque no querías que otros lo leyesen, y que has escondido aquí, protegiéndolo con gran habilidad, pero que no has destruido porque un hombre como tú no destruye un libro: sólo lo guarda, y cuida de que nadie lo toque. Quiero ver el segundo libro de la *Poética de Aristóteles*, el que todos consideraban perdido o jamás escrito, y del que guardas quizá la única copia.”

Y así es como hoy se cumple mi peregrinaje ideal hacia Burgos, iniciado hace sesenta años y, os agradezco de habérmelo concedido a tiempo, cuando aún tengo solo la edad de Jorge de Burgos, aunque soy aproximadamente unos treinta años más mayor que Guillermo de Baskerville. Pero hoy me siento un adolescente entusiasmado como Adso de Melk y quiero celebrar con todos vosotros, con entusiasmo juvenil, este maravilloso retorno a los mitos de mi juventud.